

**ZONA
LIBRE**



Yolanda Reyes

LOS AÑOS TERRIBLES

Norma

**ZONA
LIBRE**

Los años terribles

YOLANDA REYES

Fotografía de cubierta:
Carlos A. Santacruz

Norma

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Guatemala, Lima,
México, Quito, San Juan, Santiago de Chile.

D.R. © Yolanda Reyes, 2000
D.R. © Editorial Norma, S.A., 2000
Av. El Dorado 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Esta novela obtuvo una Beca de Creación Literaria otorgada
por el Ministerio de la Cultura de Colombia en 1997.

Segunda reimpresión México, junio 2016

Dirección editorial: María Candelaria Posada
Diagramación y armada: Ana Inés Rojas

ISBN: 978-987-545-331-9

CONTENIDO

<i>Uno</i>	
<i>TRES RETRATOS</i>	9
<i>Dos</i>	
<i>TEJIENDO TRENZAS</i>	23
<i>Tres</i>	
<i>SEÑALES DE ADOLESCENCIA</i>	37
<i>Cuatro</i>	
<i>METAMORFOSIS</i>	59
<i>Cinco</i>	
<i>A LOS QUINCE AÑOS</i>	77
<i>Seis</i>	
<i>LAS LÍNEAS DE LA MANO</i>	101
<i>Siete</i>	
<i>BUSCANDO DIRECCIONES</i>	129
<i>Ocho</i>	
<i>TRES BOCAS TORCIDAS</i>	161

*A Luis Calderón,
desde el fondo de
los años terribles.*

*Como si existiera el sentido común... El sentido no es común;
es único. Para encontrarlo hay que recorrer todo el camino del
sentido común y luego devolverse, desandar los pasos.
No hay nada más individual ni más solitario que la
búsqueda del sentido.
Si es que existe...*

UNO

TRES RETRATOS

*¿Cuál era vuestro rostro antes de que
vuestro padre y vuestra madre
se hubieran encontrado?*

Texto zen.

I. JULIANA

Yo soy la mayor. Me llamo Juliana. Nací un día nueve del mes nueve, de un año que termina en nueve. Debí ser a las nueve de la mañana, más o menos. Pero ese detalle de la hora es inventado. Sinceramente, nadie tiene la menor idea. Eso lo vine a descubrir un buen día porque la tía de una amiga, que es esotérica, me iba a hacer la carta astral y necesitaba saber mi hora exacta de nacimiento, para ver en qué punto estaban Saturno y la Luna y quién sabe qué más astros. Cuando le pregunté a mi mamá a qué horas nació, ella se puso muy nerviosa y me contestó “no me acuerdo”. Imagínense: ese día se derrumbó la novela rosa de mi nacimiento. Que la propia mamá, que supuestamente lo adora a uno, que es el mayor, el que le cambió la historia y le dio el título de mamá... Y resulta que no sabe a qué horas le sucedió semejante cosa.

Yo seguí insistiendo, “pero, mami, dime más o menos alguna hora” y ella cada vez se ponía más nerviosa y cambiaba de tema. Entonces fui a donde mi papá y sucedió lo mismo. Y probé con los dos juntos, cara a cara, estilo detective, para espiar sus gestos y sus reacciones. Ahí fue peor... A mi papá se le deslizó un “mejor no hablemos de eso”, y no se imaginan cómo me sentí. Desde entonces, cada vez que pongo el tema, sucede algo parecido. Mi papá mira a mi mamá como diciendo “¿le contamos?” y luego se hace un minuto de silencio. Nada qué ver con los cuentos de hadas. Más bien suena

a historia típica de telenovela. Podría llamarse la sombra del pasado o algo así. Sólo me ha faltado ir a hablar con el médico que estuvo en mi nacimiento. Si no fuera tan cursi, o si al menos supiera quién era el médico, o dónde diablos está...

Total, que, para resumir, me quedé sin carta astral y además durante mucho tiempo pensé "soy adoptada". Pero después de mucho darle vueltas en la cabeza y de imaginar todo un rollo sobre mis trámites de adopción, llegué a la conclusión de que eso es imposible. Soy el vivo retrato de mi papá, dice la abuela. Él hombre y yo mujer, es lo único. De resto, la misma mirada, la misma cara, la misma boca grande, con los dos dientes enormes, arriba. (Sí, los dientes de conejo son mi punto débil, o sea, el más notorio.) Mis tías también son dientonas. No cabe duda, ese es un rasgo de familia. Y mi carácter también, dice mamá, cuando discuto con ella. (Casi todos los días, o a veces dos o más veces en una hora.) Mi mamá me dice que heredaré el genio de la familia de papá. No sé si lo dice en serio... Ella sabe que yo sé lo que piensa sobre la familia de mi papá. Por eso debe ser que me lo dice.

De mamá, en cambio, tengo muy poco. Tal vez el cuerpo, que no está nada mal. (O bueno, no estaba, antes de engordarme. Ahora parezco un tanque, según mi hermano, que va siempre directo al punto del dolor.) A veces me encantaría parecerme más a mi mamá, que siempre fue la niña bonita de la casa, pero esas cosas nadie las escoge. Y en últimas, tampoco me importa mucho ni mucho menos le importa a esta historia. El caso es que no soy adoptada (creo), que no sé dónde

diablos estaba Saturno cuando vine al mundo y que nadie está interesado en aclarar el misterio de mi nacimiento. Ese es el eslabón perdido, un misterio del calibre del Triángulo de las Bermudas, todo un agujero negro. Y como esta no es una novela de detectives, lo más probable es que nunca se resuelva. En últimas, lo importante es que soy la mayor de mi casa y la mayor de mis primas. Yo nací primero. Y por eso, simplemente por eso, me toca el primer turno para contar la historia.

Tengo dos hermanos hombres, menores, y soy la única mujer. "La única mujer...Cómo serás de consentida", dice la gente. ¿Ustedes se han preguntado por qué la gente dice siempre las mismas cosas ? En algún momento alguien debió empezar la cadena, seguro pensó eso y lo dijo y así debió empezar la costumbre de repetir siempre la misma bobería, sin pensar, sin conocer nada más, sin ton ni son. Yo no sé si soy o no soy consentida. A veces sí y a veces no. Cuando me conviene, dice papá. Pero eso no tiene importancia. En realidad, es salirse del tema. El tema es mi historia y quise comenzarla por el comienzo, o sea por las "oscuras circunstancias" que rodean el misterio de mi nacimiento. Pero quién sabe si mi vida empezó en ese momento. O sea, obvio que empezó antes de ese día. Por supuesto que ya sé de dónde vienen los niños, y, por consiguiente, hay que calcular nueve meses atrás para hablar de un verdadero comienzo. Claro que eso pertenece a la vida privada de mis papás y no quiero hacerles más preguntas por ahora. Si ni siquiera saben a qué horas nací, tampoco deben acordarse de cómo me hicieron.

II. VALERIA

Una vez, a los tres años, yo estaba en el parque con mi papá y él se encontró a uno de sus amigos de toda la vida. Mi papá, muy orgulloso, le dijo a su amigo: "Esta es Valeria, mi hija". El amigo de papá, dijo cualquier cosa, algo así como: "Hola, Valeria, cómo estás de grande". Yo me puse furiosa y le contesté: "Yo no soy grande, yo soy mediana". Desde ese día, siempre me cuentan la misma historia como un gran chiste.

Yo no le encuentro la gracia, será porque siempre he cargado con eso de ser la mediana. Estoy en la mitad de mis hermanos y, con las primas de mi edad, también soy la del medio, en orden de aparición, (de nacimiento). Ni la mayor ni la menor, digamos que soy el relleno del sándwich. Tampoco soy gorda ni flaca, ni muy alta ni demasiado baja, sencillamente, mediana. Ni muy bonita, ni muy fea. Ni blanca ni morena, trigueña, como dice mi tarjeta de identidad. Estatura: normal. Señales particulares: ninguna. Ni siquiera uso gafas, como por decir algo que pueda distinguirme. No he sido nunca infeliz pero tampoco puede decirse que viva saltando de la felicidad. Digamos que tengo una vida normal. No me la paso discutiendo con mis viejos, como ciertas personas, pero tampoco soy una mosquita muerta.

Para completar, no encajo bien con nadie en las reuniones de familia. Cuando vamos a la casa de la abuela, me aburro con mis primos pequeños porque

son muy niños, pero tampoco pego con los grandes. Mi mamá dice que estoy en la edad de la “caca de gato”. (Perdón, así le dicen en mi casa a la adolescencia. No sé en qué se parecen la adolescencia y la caca de gato. Es más: nunca he visto —ni olido— la caca de gato y creo que en mi casa nadie ha tenido esa experiencia. Que yo sepa, nunca ha habido gatos.) Ya empecé a irme por las ramas. Se ve que no soy muy buena para los retratos hablados... ¿qué más quieren que diga? Debe ser que no soy nada del otro mundo.

Hay gente con más personalidad. Gente de ideas fijas y temperamentos fuertes. Yo vivo rodeada de gente así. Por ejemplo, tengo un hermano mayor, Antonio, de diecisiete, que casi nunca me determina y que sólo me dirige la palabra para regañarme porque jura que es mi papá. Y una hermanita pequeña, de ocho años, que es INSOPORTABLE y sapa, para rematar. (La rana Mariana dice croac, croac... le canto, cuando quiero que haga un berrinche, pero entonces salta mamá a defender a su mascota. ¡croac!...) Por el lado de mis primas, la cosa es peor : Juliana y Lucía son tan dominantes, que se la pasan en una sola pelea. Desde chiquitas, en los juegos, siempre han estado tratando de demostrar quién manda más, quién es más fuerte. Y para que se mueran de la risa, siempre parezco la más fuerte, por pura casualidad. Yo, que nunca he estado interesada en entrar en su competencia.

Desde que me acuerdo, hemos estado en las mismas. Les voy a dar un ejemplo típico: Juliana quería jugar a las muñecas, digamos. Y Lucía, que era buena

deportista, quería quemados, para reventarnos con el balón. Entonces empezaba la pelea y duraba horas la discusión. Y yo, que era la boba de las tres, finalmente decidía. Porque si escogía muñecas, ya eran dos contra una, y mayoría gana. Y si escogía quemados, pues igual. Yo era una especie de trofeo que Juliana y Lucía se disputaban. O sea que las dos tenían que echarme cepillo para convencerme de que las apoyara.

Siempre he sido la que define de qué lado está la fuerza. Sin proponérmelo, claro. Así, con mi cara de mosquita muerta, como dicen en mi casa. Qué envidia, dirán algunos, pero no siempre es tan fácil. Uno termina sin saber quién es ni que quiere, ni de qué lado está. Además, tengo un problema: cambio de bando con mucha facilidad. La gente cree que lo hago a propósito pero, qué quieren que haga, no es mi culpa... Siempre encuentro en cada discusión, un poco de razón de lado y lado. Debe ser cierto lo que dice mi prima Lucía: No tengo personalidad. "Al sol que más alumbre", remata mi prima Juliana y eso me duele mucho, seguro porque es verdad y la verdad duele. No es fácil ser mediana. "Si Juliana te dice que te botes por un precipicio, entonces, ¿tú te botas?" me dijo una vez Lucía, muerta de la ira. Yo no supe qué contestarle... Soy pésima para discutir. A la larga, sí. Si Juliana me dice, yo me boto por el precipicio, sólo para no tenerme que pasar la vida peleando por idioteces.

Ahora, todavía a esta edad, sigo metida en la competencia permanente de mis primas. Ya no se trata de jugar quemados o muñecas, sino de esperar con impa-

ciencia a ver quién crece más rápido y quién es más madura. Quién tuvo primero la regla, quién necesitó primero usar *brassier*, pero *brassier* de verdad, con copa, no con relleno. Quién consiguió novio primero. Pero novio de verdad, con besos de verdad, etcétera, etcétera. A veces me pregunto si seguiremos eternamente con el mismo juego : “Monja, viuda, soltera o casada”, como dice la cancioncita esa que se juega saltando lazo. (¿Quién se casa primero, quién tiene hijos primero, cuántos hijos, quién se queda soltera, quién se divorcia y cuántas veces y quién no, quién se muere primero, quién se va para el cielo, quién para el purgatorio y quién para el infierno?) Qué horror lo que estoy diciendo, de pronto borro estos últimos renglones. Otra vez me desvié del tema. ¿Cuál era el tema? No me cuesta trabajo empezar a divagar. Ah... se me olvidaba un dato clave: a los nueve años le hice mi primera visita a la sicóloga del colegio. *Motivo de la consulta: Se le dificulta expresar sus sentimientos*, decía el papel. Creo que la sicóloga no pudo dar con el chiste o, al menos, eso debe pensar mi mamá cuando dice que soy hermética.

III. LUCÍA

Esa noche, en la finca de mi abuela, mamá estaba sola con sus cuatro hijos. Cuatro hijos y medio, porque estaba embarazada ; estaba esperándome a mí. Era semana santa, y el resto de la gente se había ido a ver la procesión de medianoche. La casa era una sola penumbra. Mis hermanos ya estaban acostados. De pronto, mamá oyó ese ruido, que venía del cuarto de los niños. Ella sabía que no era un ruido de niños. Era algo diferente... Un rumor de pasos, lento, rítmico, como pasos imaginarios; “un eco de pasos” dice ella, siempre que lo cuenta. Muerta de miedo, mamá se levantó corriendo a revisar el cuarto de los niños y se quedó petrificada con lo que vio: la llama de una vela —sin vela, sólo la llama— pasó, una por una, sobre la cabeza de cada uno de los niños. Mamá vio la llama detenerse en cada cabeza. Gritó del pánico y tres de mis hermanos se despertaron y se fueron corriendo a su cama. No hubo poder humano que los hiciera volver al cuarto de los niños, dice ella. De hecho, esa noche durmieron todos apretujados en la cama grande y mamá no pegó los ojos, en un bordecito del colchón. Sólo mi hermano Manuel se quedó en su propia cama esa noche. Por algo era el mayor. Tenía ocho años, iba a hacer la Primera Comunión y se las daba de valiente.

Al otro día temprano, Manuel le preguntó a mamá:

—¿Cierto que si yo me muero con la medalla del Ángel de la Guarda me voy directo hacia el cielo?

—Mi amor, de todas formas, con o sin medalla, tú te vas a ir al cielo —le contestó ella—. Pero ahora no hablemos de esas cosas, estás muy niño para pensar en la muerte.

El día siguió como de costumbre. Sólo fue después de almuerzo, cuando encontraron muerto a Manuel. Se había ahogado en la alberca. Él ya sabía nadar, por eso nunca nadie supo bien qué pasó.

Yo soy la menor. La quinta. Nací cinco meses después de ese día. Me llamo Lucía.

Sí, soy Lucía y nací para llenar un gran vacío. O mejor, nací después de ese gran vacío que dejó la muerte de mi hermano. Un vacío que nunca pude llenar, por más de que me lo propuse, con o sin conocimiento. (Hay cosas que siempre se saben, hay cosas que se sienten sin palabras, en un lugar entre la piel, el estómago y el corazón, aunque después lleguen las palabras y las bauticen con un nombre.)

“A un hijo no lo reemplaza nadie”, oí decir siempre a mamá. Siempre, desde que me conozco. Siempre, desde que tuve uso de razón, como dice la abuela. Durante mucho tiempo no pude entender el sentido exacto de sus palabras. Cargué con su tristeza y con su resignación, traté de hacerme la graciosa, traté por todos los medios de existir, de hacerme notar, para que ella corriera la nube espesa de su mirada triste y me viera. Ahora, que soy adolescente, entiendo que todo eso era imposible. Soy Lucía, un nombre borroso, soy el reemplazo de un fantasma.

Dicen que para crecer hay que rebelarse contra

los padres, hay que destruir sus imágenes y armar una identidad propia. Yo no tuve que hacer eso. Nunca sentí que yo fuera una parte de mamá. Al menos, ese paso me lo ahorré.

Con mi papá, las cosas fueron distintas. Completamente distintas. Yo era la niña de sus ojos. “Lucía, la luz de mis ojos” me decía, medio en chiste, medio en serio, cuando era muy pequeña. Lo recuerdo desde siempre, desde que era una bebé. (Aunque digan que los bebés no tienen memoria.) Me veo muy pequeña, con cólico, y lo veo a él meciéndome en la mecedora, con la canción de Joan Manuel Serrat, que es su cantante preferido.

*...Si alguna vez, si algún día
después de amar amé
fue por tu amor, Lucía.
Lucía.*

Papá escogió mi nombre. A veces pienso que tuvo una novia que se llamaba Lucía. No sé si es porque he armado toda una historia con la canción de Lucía. No sé si durante un tiempo, en vez de su hija, me creí su novia. (O quise ser su novia...) Eso me hacía sentir tan avergonzada... Después leí en una revista *Vanidades* que esa es una etapa normal en la infancia, que les pasa a todas las niñas, que se “enamoran” de su papá y que a los niños les pasa lo mismo, pero con su mamá. Ese día llegué a la conclusión de que no soy nada original y saber eso me tranquilizó. Pensé también que

mamá me tenía celos (¿O yo a ella?) y también se me ocurrió que mi relación con papá era parecida a la que tuvo ella con Manuel, su hijo mayor, su “hombrecito”, como le dice todavía cuando se acuerda de él.

Después de leer esa revista, entendí un poco mejor a mamá. Ella dice que soy muy niña, que hay cosas que todavía no puedo entender, que la vida se encargará de enseñarme. Tantas veces me ha dicho: “Eso sólo podrás sentirlo cuando tengas tus propios hijos” o frases típicas así de ese estilo, que, sólo por rebeldía, pienso que no le voy a dar gusto, que no voy a tener hijos, para no tener que saber esas cosas que lo vuelven a uno tan amargado.

*Desperté de ser niño,
nunca despiertes.
Triste llevo la boca,
ríete siempre
siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma...*

Así dicen los versos de Miguel Hernández que canta papá. Me los canta a mí y me cuenta que Miguel Hernández se los escribió a su hijo cuando era bebé y él no lo conocía porque estaba en la cárcel. A mí me gustan pero no estoy de acuerdo con Miguel Hernández. Para mí no ha sido fácil ser niña. No sé qué es lo que tanto envidian los adultos de los niños. Siempre me ha pasado lo contrario: envidio a los adultos, que ya tie-

nen la vida para ellos y no tienen que pasársela de aquí para allá pidiendo permisos para esto y lo otro. Permisos, premios, castigos, órdenes, cosas que tienes que comer, hacer o decir y que supuestamente “son por tu bien”, como dice la abuela.

No quiero seguir siendo niña, ya no soy una niña. Quiero crecer del todo; de una vez por todas. Despertar de ser niña. Crecer rápido y punto.

DOS

TEJIENDO TRENZAS

*Trenza: Conjunto de tres o más cabos
cruzando alternativamente cada uno de ellos por
encima y por debajo de los otros.*

Diccionario Kapelusz de la Lengua Española

I. JULIANA

Nos peinaban con trenzas, a mí y a mis primas, y creo que, en el fondo, pensaban que cada una era apenas uno de los cabos de la trenza. Durante ese tiempo, las tres también suponíamos que, para existir, era necesario ser parte de una trenza. Y, claro, como las trenzas, estar agarradas a una cabeza. Éramos tan amigas las tres primas, teníamos tanta suerte de haber nacido casi al tiempo y en una familia tan unida. Eso decían los adultos, cuando llegábamos todos y nos reuníamos alrededor de la mesa maciza de la finca, con la abuela en la cabecera. Todo parecía como de *Mujercitas*, qué conmovedor...

—A ver, bien derechitas, espalda con espalda, cola con cola, péguense bien y no hagan trampa, para saber cuál está más alta —decía la tía Luisa, que era la encargada de medirnos cuando llegábamos a La Unión, a pasar las vacaciones.

“Espejito, espejito, dime cuál es la más bella”, pensaba yo en esos momentos interminables antes del veredicto de la tía Luisa. Esperábamos los resultados como si estuviéramos en el reinado de *miss* universo. Era algo tan angustioso como esos momentos en los que se anuncia primero a la princesa y la princesa sonrío y besa a la virreina, pero lo que quiere es desaparecerla, y luego anuncian a la virreina y la virreina sonrío y felicita a la reina, pero lo que quiere es matarla, ojalá ahí, para ocupar su lugar. Y la reina llora, cuando le anuncian que es

reina. Y se abraza de las otras, que supuestamente deben estar felices, compartiendo semejante triunfo. Pero que no son más que unas hipócritas y están verdes de envidia.

Nos jugábamos la vida en esa estupidez. A los nueve años, ser la más alta era una cuestión de honor. Yo nunca pude ganar. Por más que me estiré y traté de alargar cada músculo y cada hueso, mi prima Lucía ganaba. La diferencia era de uno o dos centímetros, algo así de insignificante. Pero siempre fue la más alta, a pesar de ser la menor. Lástima que nunca, a ninguna de las tías, se le ocurrió hacer una prueba de la más acusetas. Esa también se la habría ganado Lucía. Y si lo infantil pudiera medirse en centímetros, ella habría ganado por más de un metro.

—Cada uno es cada cual y cada cual tiene sus manías —decía la abuela cuando nos veía peleando por esas bobadas. Ahora pienso que la abuela y todos en mi familia tenían la culpa de nuestras peleas. Eran tan o más infantiles que nosotras y se la pasaban haciendo comparaciones. Quién habló primero, quién sacó las mejores notas, a quién quieres más: a tu papá o a tu mamá, a tu tío o a tu tía. Eso se aprende de los adultos, yo creo. Y, en el fondo, uno se la juega. Uno le apuesta al “me quiere mucho... poquito... nada”. Cae en la trampa de ser el más... el más lo que sea, para que lo quieran. Y de pronto descubre que nada de eso sirve para nada.

Pero estábamos hablando de trenzas y de vacaciones en la Unión. Y no sólo de peleas. Estamos hablando de tener nueve años y de ir al trapiche con la

tía Luisa a hacer melcochas y de asomarse a las piscinas de piedra, donde está la panela hirviendo. Estoy hablando de ese olor a panela que entra por la nariz y se cuele en mi memoria. Los cucharones grandes revuelven y revuelven, hasta que salen los angelitos de caramelo y la tía Luisa los pone hirviendo en el mesón y nosotras nos quemamos las manos y la lengua para probarlos, y los angelitos de caramelo se pegan al paladar y es como saborear un pedazo del cielo. Y la tía Luisa, con sus manos, estira la panela, mueve los brazos, mece la panela, la agranda, la achica, de aquí para allá, y los hilos de panela se van aclarando con el ritmo de sus brazos fuertes, hasta que se convierten en masa para melcochas.

Entonces nos da un poco a cada una. Un poco para Juliana, un poco para Valeria, y un poco para Lucía, siempre así, con las mismas palabras y en el mismo orden. Y hay que seguir estirando la melcocha, abriendo y cerrando los brazos, como si tuviéramos un ovillo de lana, hasta que las melcochas quedan en su punto. Un punto mágico que nunca supe exactamente cuál era. Sólo lo sabía la tía Luisa y un poco también Lucía, que era la más hábil con las manos. Cada melcocha se convierte en una trenza, luego se enrosca y se pone sobre las hojitas de naranja, que hemos recogido en la huerta. Nos repartimos las melcochas listas, en tres grupos. Yo escondo las mías y me las voy comiendo poquito a poco, no le regalo a nadie, hasta que se me pela el paladar. Pero las mejores melcochas son las que uno se come ahí mismo, en el trapiche, mientras va preparando la

receta. Después se secan y se endurecen y ya no tienen la misma gracia.

También comparaban las melcochas, cuáles habían quedado en su punto, y ya les conté quién era la más hábil con las manos. Valeria y yo nos esforzábamos pero no demasiado. En el fondo, imaginábamos el veredicto de las tías. Hay competencias desiguales en las que uno no debería participar y , sí, uno va aprendiendo poquito a poco. Dirán que todo esto es una idiotez, pero para mí era importante, precisamente porque todos decían que eran boberías y porque estos sentimientos nunca se podían mostrar en público. Es más: de eso no se hablaba y en mi casa siempre ha existido la ilusión de que sólo existe lo que se ve, lo que se toca y lo que se puede decir en voz alta. Esto, que se llama envidia, no se podía tocar y además era pecado. Uno de los siete pecados capitales, decían las tías. “Si la envidia fuera tñña, cuántos teñidos hubiera”, era una frase que pronunciaba la tía Carmen, en el momento justo, y yo sentía que no me quitaba los ojos de encima. Disimuladamente, me examinaba la piel, pero nada se me notaba. Por dentro era otra cosa, por dentro estaba teñida de verde. Verde, del color de la envidia.

II. VALERIA

*Qué triste es tener nueve años,
más me valieran noventa
este año he sufrido tanto
que casi pierdo la cuenta.*

La abuela, en la finca, nos enseñó ese verso a las tres durante unas vacaciones. Era larguísimo y mi memoria no es muy buena. Por eso sólo me acuerdo del comienzo y, bueno, de la idea principal, como dicen los profesores. Se trataba de una niña de nueve años que no cuadraba en ninguna parte. Con los niños no, porque ya no era niña, y, con los adultos, se sentía como mosca en leche. Cada vez que iba a opinar o a meterse en una conversación, la mandaban a callarse o a jugar. Yo no sé si a mí me empezó a pasar eso a los nueve o antes o, de pronto, fue después. Pero, la verdad, a veces me sentía como la niña de la historia. La abuela decía que ese verso se lo había enseñado su abuela a los nueve años y yo no podía imaginármela con nueve años. Es más, confieso: me parecía que en cualquier momento se iba a morir. Y sólo por pensarlo, me sentía horrible, como una malvada niña, con malos pensamientos.

Pero la culpa de pensar que la abuela se iba a morir no era sólo de mis malos pensamientos. Las tías siempre hablaban de eso, en voz baja y diciendo sin decir, como sólo pueden hacer los adultos. Un silencio aquí y otro allá, una mirada, un gesto, nada muy claro,

hasta que cumplió los setenta. Ese día hubo una misa en la finca, con toda la familia, que ya era como de cuarenta personas, sumando hijos, nietos y un biznieto. Yo me acuerdo de mis trenzas amarradas con dos lazos inmensos, blancos y ridículos, que se estrellaban contra mis mejillas al correr, y de mi vestido de encajes, hecho por mamá, que picaba horriblemente y que todo el mundo admiró. (Todos, menos yo.) Me impresionaron dos cosas: la ropa y la misa. Esa fue la primera vez que vi celebrar un cumpleaños con misa y no con fiesta y me acuerdo que pensé: “le hacen misa porque ya es vieja y se va a morir”. También me acuerdo que ese día no comulgué, por haber pensado ese mal pensamiento y mis primas me miraron como a un bicho raro, seguro diciendo, “quién sabe qué pecado habrá cometido para no comulgar”. Acabábamos de hacer la Primera Comunión y las tres éramos siempre las primeras en la fila de las misas familiares. Eso era parte de pertenecer al mundo de los grandes.

Total, no comulgué en la misa de los setenta y, cuando llegaron los setenta y uno respiré aliviada. La abuela seguía ahí igualita, vieja, pero sin morirse. Desde esa época empezaron los comentarios de las tías:

—Tenemos que reunirnos todos para el cumpleaños de mamá, porque quién sabe si este sea el último —ordenaba, con cara larga y de circunstancias, la tía Carmen. Y todos movían la cabeza como diciendo, “sí”. Y recogían la cuota para el almuerzo y conseguían a un cura pariente de mi abuela, que era arzobispo, para la misa y veníamos en carro o en avión, desde todas par-

tes, desde donde cada uno viviera, para que no faltara nadie al “tal vez último cumpleaños”. Y cada vez la abuela cumplía más años y cada vez había más gente que invadía La Unión: más nietos y más biznietos y más novios que ya se iban a casar y que ese día nos presentaban formalmente. Pero ella aguantaba igualita la invasión, aprendiéndose más nombres y sin morir, y yo podía comulgar tranquila.

Qué triste es tener nueve años, más me valieran noventa. Un día, en alguno de esos cumpleaños, me sentí igual a la vieja niña del verso. Juliana y Lucía, como cosa rarísima, estaban de muy amigas y casi no me determinaron en todo el día. Sólo se acordaron de mí cuando el juego era yo, o mejor dicho, cuando estaba en juego mi “falta de personalidad”.

—Valeria, ¿a ti quién te gusta más de los primos grandes: Juancho o Lucho? —me examinaba Juliana.

—No sé —contestaba yo—. ¿A ti?

—A mí Lucho. Ni comparación.

—Sí, ni comparación —repetía yo.

—A mí Juancho me gusta más. Es divino —decía Lucía y me miraba, amenazante, para que yo la apoyara.

—Sí, pensándolo bien, Juancho es divino —repetía yo.

—Pero decídet, Valeria —me exigían Lucía y Juliana, en coro—. Al fin, ¿cuál de los dos?

Yo miraba a Juliana, luego a Lucía y dudaba. Las dos estaban muertas de risa. Y cambiaban todo el tiempo de opinión, para ponerme trampas y hacerme cam-

biar a mí, desesperada, de un lado a otro, como en un partido de ping pong, sin saber cuál primo me gustaba más, porque me daba lo mismo, porque en el fondo, no me gustaba ninguno de los dos, nadie me gustaba, ni yo misma ni las primas. Y, con los ojos llenos de lágrimas, al fin me atreví:

—Ninguno me gusta, no me gustan los hombres —grité y salí corriendo. Ellas se quedaron ahí, riéndose y yo alcancé a oír las risitas y las frases finales:

—No le gustan los hombres. ¿Será que entonces le gustan las mujeres?

—Es que no tiene personalidad. Tan boba.

En ese triste cumpleaños hubo baile, para completar. Creo que, desde entonces, me traumatizan las fiestas bailables. Yo “comí pavo” toda la fiesta. (Así llaman las tías a quedarse sentado en una fiesta, porque nadie lo saca a bailar a uno. Es una frase absurda, porque se supone que uno puede bailar solo, sin que nadie lo saque. Para eso tiene pies...) Hasta la abuela bailó, por darles gusto a las tías y por jugar al “no le pasan los años”, a pesar de que yo sé que le dolían los juanetes. Ella misma me lo confesó y me dijo que ojalá se fueran todos, para poderse acostar tranquila. Me lo dijo en secreto cuando vino a sentarse a mi lado y a ponerme tema, lo que me pareció casi un milagro. Seguro me vio triste. Juliana y Lucía también bailaron. Juliana con Lucho y Lucía, con Juancho o al revés, no me acuerdo.

El caso es que yo, sentada en esas sillas que quedaron amontonadas en un rincón de la sala, contempla-

ba la escena y me sentía un bicho raro, entre los ronquidos de todos los primos chiquitos y los bailes de los mayores (incluyendo a mis primas, que ya empezaban a sentirse en esa categoría, ¡qué ridículas!) Todavía me veo ahí, tan infantil, con un cuello marinero demasiado grande, en ese rincón de la sala. Fue la primera vez que quise morirme, para ser invisible. Aunque después corregí mi mal pensamiento: no tenía necesidad de morirme. Ya era invisible. La prueba era que estaba ahí, en medio de tanta gente, y nadie se metía conmigo. No sé si era triste tener nueve años... ahora que lo pienso y lo escribo, todo parece tan infantil, tan de poca importancia. Tal vez ese día estaba especialmente sensible, o tal vez me dejé sugestionar por los versos que nos enseñaba la abuela. Ni idea.